

mer hombre: cítele S. Bernardo tratando de las bienaventuranzas y en particular de la misericordia. Dice que este lugar del Evangelio denota la crueldad de Adam, que parecia antes haber pecado por el tierno amor á su mujer. Bien sabemos, dice el santo abad, oh pobre Adam, que ese es el hueso de tus huesos y la carne de tu carne y que por amor de ella caiste en el pecado. Veamos ahora cuánto la amas y hasta qué punto llevarás el cariño. El Señor viene con una espada de fuego para castigar la prevaricacion: oponte al castigo de tu mujer y dí: Señor, esta criatura es mas débil y de un sexo mas sujeto á la seducción: yo soy el culpable y el pecador; sea pues yo el que sufra el justo efecto de tu ira. Mas no habla así, sino dice: La mujer que me diste, me ha hecho pecar. ¡Oh perversidad! ¿Con que rehusas padecer por ella y no rehusaste pecar? ¿Cómo lo has confundido y trastornado todo siendo benigno en lo que debías ser severo, é inicuaente desapiadado cuando era menester usar de bondad y mansedumbre! Era deber tuyo perseverar obediente al precepto de Dios; pero debieras haber satisfecho por Eva con un corazon franco y una voluntad determinada. Sabed, pues, hermanos míos (concluye el santo), que un hombre no ha de pecar jamás por amor de otro.

La virtud está en un medio, y los extremos ordinariamente son viciosos. La mansedumbre ha de evitar con igual cuidado la dureza y la falsa complacencia: ha de consolar, socorrer, rogar por los pobres y negociar sus intereses; pero nunca ha de vender los de nuestro Señor por no irritar su clemencia con pretexto de favorecer al prójimo. Para hacer esta virtud enteramente conforme á la de nuestra reina hemos de manifestarla hácia las personas que mas nos repugnan, porque ¿qué galardón hemos de esperar de servir y hacer bien á nuestros amigos? Así obran los gentiles. No es á esta especie de mansedumbre á la que está prometida la bienaventuranza, sino á la que sabe vencerse por amor de Dios y tratar á los enemigos como á hermanos. Con una conducta tan caritativa triunfaremos de la repugnancia y la aversion: la mansedumbre y la humanidad conseguirán lo que no conseguirian nunca la severidad y la fiereza; y no solo seremos poderosísi-

mos con respecto á los hombres, sino que alcanzaremos de Dios cuanto le pidamos. Ejemplo de esto tenemos en la persona de Moisés, que siendo el hombre mas manso trataba á su Dios y señor con la familiaridad de un amigo íntimo; por lo que dijo S. Bernardo que el privilegio de la mansedumbre era hacerse amar de Dios y de los hombres. Una virtud cuyas ventajas son tan grandes, no debe de ser despreciada. Los pacíficos son llamados hijos de Dios: pueden distinguirse tres especies. Los primeros conservan la paz en sí mismos, son agradecidos á los beneficios y no quisieran hacer daño á nadie. Los segundos sufren con paciencia las injurias sin volver mal por mal. Los terceros estan siempre dispuestos á hacer bien á sus enemigos. Los primeros son aun flacos y fáciles de venir al suelo: los segundos poseen sus almas en paz; mas los terceros no solo poseen las suyas, sino que ganan las de sus hermanos con la mansedumbre. Estos últimos son los que merecen principalmente la calidad de hijos de Dios por el cuidado que tienen de reconciliar á los demás con su padre. *(Adición de la madre M. J. de Blemur).*

De la obediencia de la madre de Dios.

El alma del justo medita la obediencia, dice el Sabio; es decir, que la fé que nos hace fieles, no es otra cosa que una obediencia interior, por la cual sometemos nuestro entendimiento y corazon á Dios considerándonos como los hijos de la obediencia y de la fé y queriendo vivir de la una y de la otra; y porque Dios es invisible y nos ha preceptuado el modo de servirle, no nos hemos de contentar con obedecerle, sino someternos á sus ministros con entera voluntad y venerar en su boca la verdad de que los hizo depositarios. Hemos de probar á obrar de suerte que toda la vida sea una meditacion continua de la obediencia, ó de la que se da á Dios cuando él mismo ilumina por sus inspiraciones secretas, ó de la que se da á los superiores por amor suyo, teniendo presente que Jesucristo dijo con respecto á ellos: El que á

vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia. La obediencia es mejor que las víctimas, dice la Escritura. El sacrificio exterior y visible segun observacion de S. Agustin es la señal del interior é invisible, por el cual adora el alma á Dios con entera sumision á su voluntad. Cuando estos dos sacrificios van juntos, Dios ama el primero, que es como el cuerpo, á causa del segundo, que es como el alma que le anima y santifica; pero cuando el primero está separado del segundo, entonces se ha de decir que Dios ama la obediencia más que las hostias y los holocaustos, porque la sumision de las personas humildes y dóciles que viven en paz en el lugar mas bajo, es agradable á sus ojos.

Son dignas de admirarse las palabras del salmista sobre este particular: Tú mandaste, Señor (dice), que tus mandamientos se guarden muchísimo. Dios manda no que se aprendan de coro sus santos mandamientos, sino que se guarden puntualmente. No es pues la obediencia de los fieles una simple especulacion de la ley divina, sino una sumision total del entendimiento y la voluntad, que estan atentos á lo que la ley ordena para ponerla en práctica. Hay una completa union entre la fé y la obediencia: es preciso contradecir á los sentidos y al racionio humano para creer lo que la fé nos propone, así como es preciso obedecer las cosas que se nos mandan, aunque sean contrarias á nuestras inclinaciones y á nuestra propia voluntad. Si nuestra fé y obediencia son limitadas por el propio juicio ó por las inclinaciones de la naturaleza, sin duda flaqueará la piedad y manifestaremos no estar bien penetrados de la verdad oculta en estas palabras del real profeta: Mandaste que tus leyes se guarden muchísimo. Es justo que el hombre tiemble cuando habla Dios, y el efecto de un terror tan santo debe de ser el puntual cumplimiento de su palabra.

Examinando S. Agustin la prohibicion de comer del fruto de cierto árbol, que el Señor impuso á Adam, dice que no es porque aquel fruto fuera malo en sí, sino porque convenia dar á conocer al hombre su dependencia, para que por un acto de sumision pudiese merecer unirse

algun dia á su criador. Pero ¡ah! aquel prevaricador no se aprovechó de un medio tan fácil, y fué menester que el hijo de Dios hecho hombre obedeciese hasta la muerte para reparar el primer pecado y abrirnos las puertas del cielo, que se nos habian cerrado por la desobediencia, segun la profunda doctrina del Apóstol: «Como por la desobediencia de un solo hombre se hicieron pecadores muchos, así por la obediencia de uno solo se justificaron muchos.» Por el mismo S. Pablo sabemos que la gloria y exaltacion de la sacratísima humanidad de nuestro señor Jesucristo es el premio de su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz: «Por eso, dice, le ensalzó Dios y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.»

En sentir de S. Juan Climaco la obediencia es una negacion completa de su alma; es la mortificacion del cuerpo subsistente con la vida del espíritu; es un movimiento simple por el cual obramos sin discernimiento; es una muerte voluntaria; es una vida exenta de toda curiosidad; es una seguridad en el peligro; es una navegacion segura y un viaje que se hace durmiendo; es el sepulcro de la voluntad propia. Vosotros todos, continúa el santo, los que pasais á nado ese vasto mar sostenidos por las manos de otro, sabed que el camino por donde intentais andar, es el mas corto y el mas agrio, y que solo hay una senda por donde uno puede perderse, que es la que se llama la confianza en su propio juicio y conducta: porque la obediencia consiste en desconfiar de sí en todas las cosas, aunque sean buenas, hasta el fin de la vida. Por la obediencia ofrecemos á Dios un holocausto perfecto de lo mas digno y precioso que tenemos, sacrificándole nuestro juicio, voluntad y albedrio y todo lo que depende de él. En esta virtud se hizo admirable la Virgen santísima habiendo practicado una obediencia tan puntual como si la dignidad de madre de Dios no la hubiese ensalzado sobre la ley y los legisladores. Ella comenzó en el templo á dar insignes muestras de sumision y dependencia, y su casamiento con S. José fué tambien un efecto de esta virtud. Ella obedecia á su esposo como á la cabeza de la familia sin contrade-

cirle nunca , aunque era mas iluminada y le llevaba muchas ventajas. Ella le siguió á Betlehem para obedecer la órden del emperador Augusto , que era un príncipe idólatra , y á poco marchó de noche para huir á Egipto sin oponer la menor dificultad , ni informarse de la duracion del destierro ; de nada cuida , ni por nada se apura obedeciendo simplemente y poniendo su tranquilidad en la sumision.

Asi obró hasta la muerte de S. José , y cuando su divino hijo se dió á conocer al mundo por su predicacion y sus milagros , le seguia ella con las santas mujeres dedicadas particularmente al servicio de nuestro Señor. Despues de la Ascension mirándola toda la iglesia como á la madre de su fundador y su maestra , á quien se debia entera sumision , María no se prevalió de su autoridad , ni mandó nada á nadie , ni hizo su propia voluntad ; antes era siempre la primera que cumplia en público los mandatos de los apóstoles , aunque en particular conferenciaban con ella y oian los oráculos de su boca con profundo respeto. En fin podemos decir de la madre lo mismo que del hijo que fué obediente hasta la muerte. S. Ildelfonso asegura que murió tanto por obediencia como por amor y que habiendo bajado su hijo á recibir su alma cuando se separaba del cuerpo , ella repitió las mismas palabras que en el acto de obrarse el misterio de la Encarnación : Ve aquí la sierva del Señor ; hágase en mí segun tu palabra.

Para imitar á esta Virgen admirable es preciso obedecer fielmente las mociones del Espíritu Santo diciendo con el santo Job : Me llamarás , Señor , y yo te responderé. Es preciso practicar los preceptos divinos y los consejos evangélicos , aquellas máximas que publicó Jesucristo mismo para enseñarnos cuáles son nuestras obligaciones y los medios de conseguir la salud eterna. Todos deben obedecer con amor y fidelidad las reglas particulares del estado que han abrazado , no concretándose solamente á los preceptos que llevan aparejado en su transgresion pecado mortal , sino sometiénose á todas las disposiciones de Dios como un hijo amante y respetuoso. El verdadero obediente ha de tomar por empresa estas palabras de nuestro Señor : Yo hago siempre lo que es mas

del agrado de mi padre. No examina si el pecado es mortal ó venial , sino atiende solamente á si desagrada á su maestro para evitarlo : está atento á sus inspiraciones , á sus órdenes y á sus permisiones. La obediencia debe de extenderse á todas las obras y trabajos de la vida y hacer una santa union con la sumision á las órdenes de Dios para aceptar de su parte todos los sucesos , por mas que sea duro para la naturaleza , sin otra ambicion que la de obedecer puntualmente.

Pero no basta ser sumiso á Dios : hay que obedecer á mas sin resistencia , con gozo y prontitud á los superiores revestidos de legítima autoridad para mandar sin tomarse la libertad de examinar si su vida es conforme á su doctrina , porque el inferior no dará cuenta de eso á nuestro Señor , ni es responsable mas que de su obediencia. Jesucristo manifestó á los judíos que su voluntad era que obrasen así con los escribas y fariseos , porque estaban sentados en la cátedra de Moisés , aunque no eran sus discípulos sino de nombre y de ninguna manera le imitaban. S. Pablo nos advierte que es necesario aliviar el trabajo de los que estan encargados de nuestras almas y han de responder de ellas , con nuestra sumision y docilidad. Cuando Saul derrotó á Amalec , y á pesar de haberle mandado el Señor por Samuel que no reservara nada ni de los hombres , ni del botin hizo lo contrario , guardando los mejores rebaños para ofrecerlos al Señor en sacrificio , le dijo el profeta animado de zelo : ¿ Por qué no escuchaste la voz del Señor ? ¿ Por qué te dejaste llevar del deseo del botin ? ¿ Y por qué pecaste á sus ojos ? ¿ Por ventura pide holocaustos y víctimas ó mas bien que sea obedecida su voz ? El que no quiere obedecerle , ni rendirse á su voluntad , comete idolatría , porque se forja un ídolo de su pasion y deja la certeza de la voluntad de Dios declarada por la Escritura para consultar en cierto modo al demonio haciendo una divinidad de su voluntad propia y de las falsas razones que él mismo ha inventado. S. Gregorio explicando este lugar dice que Saul tiene aun muchos imitadores , los cuales creen obedecer á los que estan autorizados para mandarlos , y sin embargo quitan de las órdenes recibidas lo que los incomoda , y añaden lo que les agrada. Así obe-

decen solo á sí mismos y no deben esperar otro galardón que el prometido al amor propio. Observemos una conducta más cristiana; seamos mansos y humildes para con aquellos á quienes nos ha sometido la divina providencia; y esta docilidad y sumision será el sacrificio verdadero que Dios nos pide como el culto supremo que le es debido. Para llegar á la perfeccion de la obediencia extendámosla á nuestros hermanos y aun á nuestros inferiores. El gran patriarca S. Benito, que habia recibido muchas luces sobre este punto, exhorta sus monjes á una obediencia mutua, que aprovecha sobremañera para conservar la paz en las comunidades. Cuando uno puede sin faltar á la discrecion ceder al juicio de los demás, es un servicio muy agradable á la madre de Dios, porque así obró ella en todos los dias de su peregrinacion. Solo de los hijos de la nueva ley es propio preferir la satisfaccion del prójimo á sus propios intereses y hacer la voluntad de los otros más bien que la suya. Por último es menester obedecer prontamente, sin tardanza ni réplica, con gozo, sencillamente y con los ojos cerrados, porque Dios rechaza la obediencia forzada y acompañada de la murmuracion de la lengua ó del corazón (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

Del silencio y de la soledad de nuestra señora.

Faltaria algo á este tratado de las virtudes de la madre de Dios, si no dijéramos algo del extraordinario silencio que guardó en toda su vida. Bien sé que se sienta que el silencio no ocupa lugar entre las obras, porque más bien que una cosa real es la cesacion de todo acto y de toda palabra, así como las tinieblas son la privacion de la luz; pero sin embargo esta privacion en cuanto virtud es tan insigne y aventajada, que merece bien toda nuestra atencion.

Los antiguos filósofos opinaron que el silencio era el vestíbulo del palacio de la sabiduría, y algunos de ellos obligaban á sus discípulos á guardarle por espacio de cinco años antes de enseñarles nada, como si la leccion más importante hubiera sido aprender á callar. También hicieron del si-

lencio una deidad que tenia la boca cerrada. Pero ¿para qué hemos de ir á beber en esas aguas cenagosas mereciendo el cargo que el Señor hacia á su pueblo por boca de un profeta, de haberle dejado á él, fuente de vida, y haber cavado cisternas que no podian conservar el agua? Acudamos pues á nuestro divino maestro, de quien se dice que pasó treinta años de su vida retirado y no empleó más que tres en la predicacion del Evangelio, aunque el fin de su mision era enseñar al mundo y formar discípulos; pero como su ejemplo habia de ser más eficaz que su palabra, empleó mucho más tiempo en lo uno que en lo otro.

Preguntaban un dia á un gran siervo de Dios qué le habia dicho este en la oracion, y respondió: Dios es sabio y habla poco. Pero á lo menos nos enseña con su conducta que debemos adorar su silencio eterno, meditarle despacio y amarle con toda nuestra alma. ¡Oh qué asombroso y admirable es! La naturaleza corrompida se complace en no trabajar con las manos, sino con la lengua; pero la naturaleza reparada hace todo lo contrario, calla y obra.

Es extraño que el Verbo del Padre, la palabra sustancial enmudeciese y cambiando de nombre quisiese llamarse *Verbum silens*. El hijo único de Dios vino á la tierra para dar testimonio de la verdad y comenzó por un silencio de nueve meses y por una humillacion la mayor, así como era la primera de su vida santísima. ¡Oh qué profunda eres, sabiduría eterna! ¿No eres tú la que encierras todos los tesoros de la ciencia y todos los arcanos de la divinidad? Pues ¿por qué callas? ¿Por qué guardas tan largo y riguroso silencio? Tú no corrias riesgo de excederte: de tu divina boca no podian salir más que oráculos y palabras de vida eterna segun testimonio de uno de tus más esclarecidos apóstoles; y sin embargo no dices nada. Sin duda es para enseñarnos que es mucho más seguro callar que hablar, aunque en tí era igual. Explicando S. Bernardo aquel pasaje del Evangelio: *Este es mi hijo amado; oíde*; se dirige á nuestro señor Jesucristo y le dice: Ve aquí, mi amado maestro, la órden del Padre eterno: que te oigamos. Comienza ¡pues á hablar, si gustas: ¿hasta cuándo guardarás silencio? Has ca-

llado mucho tiempo por no decir demasiado; pero ya tienes licencia del Padre para enseñarnos: ¿cuánto tiempo, oh sabiduría increada, vivirás escondida entre el pueblo como un hombre comun é ignorante? Poco despues continúa así el santo: « Cuando el Salvador guardaba este largo silencio y se escondía con tanto cuidado, ¿creeis que temia la vanagloria siendo él la verdadera gloria del Padre? La temia ciertamente; pero no por él, sino por nosotros, que tenemos tanto motivo de temer esa peste. Pero el silencio mas admirable del Señor fué el de su pasion: fué calumniado, acusado injustamente, tratado como sedicioso, loco y blasfemo; fué abofeteado, escupido, azotado cruelmente y coronado de espinas. A todo esto callaba el Salvador, dice el Evangelio: Herodes le pregunta y él no responde, porque no se trataba mas que de satisfacer la curiosidad de aquel príncipe. Se lleva la causa ante Pilato: los príncipes de los sacerdotes y los ancianos llenan de improperios al Salvador: el presidente le insta para que se defienda, y Jesus calla: este silencio asombró al juez. El profeta considerándole muchos siglos antes habia dicho: fué ofrecido á la muerte porque quiso, y no abrió la boca siendo conducido como un carnero al matadero: fué esquilado y aun desollado y aquel tierno cordero permaneció mudo. Ve ahí el gran dechado del silencio y el primer ejemplar de una virtud tan poco conocida en el mundo.»

El segundo es María, madre de Jesus, la copia mas excelente de ese divino original y la que mas participó del espíritu de retiro y soledad de su hijo santísimo. ¿No es para sorprender que el cielo y la tierra, los ángeles y los pastores hablen del misterio del nacimiento de Dios y que su augusta madre la Virgen guarde silencio? Ella conoce las grandezas y las bajezas y participa de la gloria y de las humillaciones del divino niño sin proferir una sola palabra; ella recibe á los pastores, oye lo que dicen de la aparicion de los ángeles, y permanece en silencio. El evangelista nos dice de ella: María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazon. ¿Es posible, oh Virgen bendita, que no tengas palabras para expresar un misterio tan grande y maravilloso? Ciertamente lo harías mu-

cho mejor que unos simples y rudos campesinos: ¿temes que tu testimonio sea sospechoso, porque eres madre? A lo menos podrias elevarte á Dios y celebrar sus alabanzas con tal motivo, como hiciste en casa de Zacarías para responder á tu prima Isabel. Mas obsérvese que su cántico de entonces fué un ardid de su tan singular modestia. Alababa Isabel la fé de María, y esta para divertirla de aquel pensamiento entonó las alabanzas de Dios diciendo: Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi salvador. Pero ahora que los nuevos adoradores de Jesus se reducen á publicar sus grandezas y no hablan de su madre, ¿por qué esta persevera en su silencio? Si María hablase, necesariamente habia de ser de la infinita misericordia de Dios para con ella por haberle dado su unigénito; porque ¿qué otra cosa podria decir en tal ocasion? Sin embargo ese discurso contendria su mayor exaltacion, porque nada hay comparable á la dignidad de madre de Dios. Ahora bien es resolucion suya formal no decir jamás ni cosa que torne en su ventaja directa, ni indirectamente.

Podemos considerar otra razon del silencio de nuestra señora y mirarle como una imitacion del Padre eterno, cuya dignísima esposa es. El Padre guarda un profundo silencio sobre su hijo, aunque es el único objeto de su complacencia y amor: los dos tienen secreta comunicacion entre sí y se hablan uno á otro; pero él no lo manifiesta á la tierra, que es indigna de conocerle por su soberbia y disolucion, excepto los pastores, los magos, el santo anciano Simeon y la profetisa Ana. El divino niño vive oculto, sin que nadie le rinda homenaje; se mantiene en la sujecion de los otros niños y no habla á nadie, ni aun á su madre, ni á S. José. Queriendo pues la Virgen conformarse con la conducta del Padre eterno y de su hijo guarda silencio. Este silencio sagrado y misterioso es una copia del de Jesus, porque uno de los derechos de su estado escondido es reducirnos al silencio segun este dicho del profeta: «Toda carne calla ante la presencia del Señor, porque ha despertado y se ha adelantado hácia nosotros desde su santuario.» ¿Qué quiere decir la Escritura en este lugar sino que adoremos con nuestro silencio el del Verbo encarnado, en que se manifiés-

ta desde que empieza á santificar nuestra naturaleza? Cuando Dios habla, hay que callar y oírle; pero ¿cuánto mas obligados estamos á imitar su silencio si él calla también? Así lo hace excelentemente nuestra celestial maestra por su operación para con su hijo y por la impresión de su hijo en ella. Esta es su porción en la infancia del Salvador; este es su camino, su vida. Su estado interior y exterior es un estado de silencio que adora la palabra eterna, á quien ve muda, y pasa del silencio de adoración al de transformación, silencio de luz y de arrobamiento mas elocuente en las alabanzas de Jesús que la misma elocuencia. Es un silencio producido por el del divino niño, que atrae á su madre hácia él en su propio silencio y consuma en su divinidad abatida toda palabra y todo pensamiento de su criatura. No es un prodigio que los ángeles y los hombres hablen á María y que María no hable, teniendo el silencio de Jesús mas virtud para mantenerla en silencio que las palabras de los ángeles y los santos para hacerla hablar de tan gran misterio? Los pastores corren y hablan, y la madre está quieta y silenciosa; llegan los reyes á Jerusalén y hacen que hable toda la ciudad, y María está retirada y silenciosa. El santo anciano Simeon habla en el templo y con él la profetisa Ana y todos los que esperan la redención de Israel; la Virgen lleva, entrega y recibe á su hijo en silencio, porque está ocupada divinamente en el silencio del divino niño, y todas sus obras, todos los servicios que le hace, todo cuanto padece por él y con él, no interrumpe su retiro: ella va á Egipto, vuelve, obedece á su esposo S. José y hace todos sus viajes, sin que se sepa que dijese una palabra.

Quando el niño Jesús á la edad de doce años se quedó en el templo sin saberlo su madre, esta le dió las quejas de un corazón amoroso y traspasado de dolor, y no comprendiendo su respuesta por secreto designio de la sabiduría increada no le pidió aclaración y permaneció en silencio segun su costumbre. Así continuó también en el tiempo de la manifestación del Señor, cuando los discípulos anunciaban ya el Evangelio y hacían diversas preguntas á nuestra señora. Aun se dice que varias santas mujeres que la acompañaban, le hablaban y ella guardaba silencio. Acerca de esto es de notar que su gracia

principal era la de madre de Dios, que tenía por origen el propósito del Verbo de hacerse hombre naciendo y siendo niño: si hubiera querido eximirse de este estado, no habría habido madre de Dios, ni gracia proporcionada á esta dignidad, siendo la una relativa á la otra como á su principio. Diciendo pues la gracia de la madre de Dios relación á la infancia de nuestro Señor, que es un estado de silencio, obliga á la Virgen á vivir retirada y en soledad. Ve ahí nuestro segundo modelo y la maestra de quien debemos aprender la práctica de una virtud, sin la cual nadie puede ser verdaderamente religioso en sentencia de Santiago, hermano del Señor. S. José, esposo de María, aprendió del divino niño y de ella á moderar la lengua: los dos estaban admirando las maravillas que se obraban en Jesús; eran los dos querubines al lado del nuevo propiciatorio que tenían ojos para mirarle y corazón para amarle, esa era su única ocupación principalmente durante los cuarenta dias que habitaron en el portal de Betlehém. En todo el Evangelio no se encuentra una sola palabra proferida por S. José, y sin violentar el sagrado texto se le puede aplicar este pasaje: «El silencio cultivará la justicia, porque la justicia se conserva y se aumenta hablando mucho á Dios y poco á los hombres.» El silencio es como el tálamo donde descansan todas las virtudes.

Todas las personas de vida interior, que se llaman de oración, han amado el retiro á imitación de la sacra familia. ¿Dónde creemos que el gran patriarca S. Benito aprendió las reglas del silencio, que practicó desde la edad de catorce años y dejó después á sus discípulos en el excelente libro de su Moral, sino á los pies de la Virgen? Ya hemos hecho ver al hablar de la fundación de su orden que siendo todavía niño pasaba muchas horas al día ante una imagen de nuestra señora y dejaba toda diversion por recrearse en conversar con ella. Desde entonces practicaba el consejo del profeta, que dice: Sentáos, permaneced en silencio, entrad en las tinieblas. Y en otro lugar se expresa así: Ve, pueblo mio, entra en el secreto de tu aposento, cierra tus puertas tras de tí y mantente un poco oculto. Es cierto que Benito siguió al pie de la letra este consejo y que nunca hubiera salido de su